

VÉRTIGO

Por Raincloud

El fin del traqueteo fue la señal: abandonaban la tierra en dirección a las nubes que pendían sobre la ciudad. Inmediatamente después surgió en él esa sensación de que el estómago se quedaba atrás, aferrándose al asfalto de la pista de despegue. Sus oídos se taponaron, las sienes le palpitaban. Afuera, los motores rugían y las alas temblaban.

El vuelo tendría una duración exacta de una hora y diecisiete minutos.

David cerró la ventanilla. No le gustaban las alturas.

El avión se ladeó mientras ascendía, encarando la ruta casi completamente recta que les llevaría a cruzar el continente. Los grandes edificios y las autopistas que iban quedando atrás empequeñecieron hasta parecer una maqueta o un juguete, una imitación más bien burda de la realidad. El mar se había convertido en una alfombra azul uniforme, extendida hasta un horizonte que se curvaba cada vez más.

Estaban volando.

David se preguntó si ella habría hecho lo mismo, si también habría cerrado la ventanilla y los ojos, si también habría apoyado la cabeza en el respaldo y clavado las uñas en el reposabrazos. Ese pensamiento le reconfortó. Le gustaba saber que andaba tras sus pasos, repitiendo como una sombra todos sus movimientos, alcanzando el reguero de

las sensaciones de Rosa. Era una idea con mucho sentido; suponía, además, el fin del triste vagabundeo al que se había visto condenado en las últimas semanas. Sus pasos seguían ahora un camino, se dirigían a alguna parte.

Abrió los ojos al cabo de quizá un par de minutos. El avión había dejado de ascender y se movía ahora en línea recta. El ruido del viento y los motores era ya más un ronroneo que un estruendo, un murmullo que acompañaba ese movimiento que, en realidad, su cuerpo apenas percibía. David abrió tímidamente la ventanilla y se asomó al exterior. Justo debajo suyo, un grupo de nubes blancas se deslizaban hacia atrás con lentitud; a través de ellas podía distinguirse un gran río que serpenteaba entre el gris, el verde y el marrón del paisaje. Por encima de su cabeza, todo era azul. La lejanía a la que parecía encontrarse el mundo real relajó un poco a David, que respiró con tranquilidad y se imaginó llegando a su destino junto a Rosa. Ella le estaría esperando allí, suspendida y estática como en una burbuja, flotando en esa lejanía, esperándole, esperándole.

-¿Desea tomar algo? ¿Señor?

David se giró hacia la azafata y la miró detenidamente. Era guapa, de facciones nórdicas. Sonreía sin mucha convicción, como si estuviera esperando alguna clase de respuesta grosera... o como si tuviera un mal presentimiento. David negó con la cabeza y la observó pasar a los siguientes pasajeros. Luego miró a su alrededor. Aquella interrupción le había hecho tomar consciencia del lugar en el que estaba, de por qué estaba allí y de adónde iba.

En los asientos de detrás suyo había un niño. Con toda seguridad estarían con él sus padres, o tal vez solamente su madre, pero lo cierto es que solo le oía a él. De hecho, David se sorprendió un poco al darse cuenta de que en realidad el niño no había callado

ni un minuto durante el viaje, y él ni siquiera se había percatado de ello hasta ese momento. Supuso que el sonido de esa charla vacía había pasado a un segundo plano desde el principio, al igual que acababa de hacerlo el ruido de los motores.

David se imaginó por un momento cómo sería un hijo suyo y de Rosa. Más educado que aquel crío, desde luego. Y más inteligente, más guapo, más..., sí, más perfecto. Porque entre Rosa y él todo tenía que ser perfecto, lo había comprendido justo antes de subirse al avión. Por eso se marchaban de aquel lugar, primero ella en un conato de huida y después él a su encuentro: todo tenía que ser perfecto, y en el lugar al que iban tenía que serlo a la fuerza.

Palpó el bolsillo de su chaqueta en la que estaba la carta. La había leído tantas veces que había aprendido de memoria cada palabra, cada letra, cada pequeña curvatura en la escritura. Adoraba ese pedazo de papel porque le había dado al fin una respuesta a su desesperada pregunta, una pauta que seguir hasta el final. Esa carta era el dictado de los dioses que al fin se dignaban a iluminar de nuevo su camino hasta ella.

El avión tembló ligeramente. Turbulencias. Pero David ni siquiera se inquietó. Se sentía más fuerte y más cerca del triunfo que nunca, como un profeta, como un mesías. Tenía fe, esa fe indestructible que solamente quien conoce su destino puede tener. Tenía la certeza absoluta de que el avión llegaría adonde debía llegar con él a bordo. Nada podría detener lo que ya estaba ocurriendo.

Apoyó la cabeza en el respaldo y se adormiló. Al despertar, faltaban treinta minutos.

La hermana de Rosa era quien había escrito a David la carta que llevaba en el bolsillo. “A pesar de todo”, decía, “tienes derecho a saberlo.” Después explicaba qué avión había cogido Rosa.

Junto a David, en la misma fila pero en el otro extremo del avión, había una pareja de unos treinta años. Ella dormía con la cabeza apoyada en el pecho de él. David sonrió, casi se echó a reír, ante su ingenuidad. Ese par de tortolitos se comportaban como si el amor tuviera algo que ver con la felicidad. Como si el amor les hiciera invulnerables. Era gracioso.

La carta había solucionado lo de la desaparición de Rosa. Al principio, David no le había dado mucha importancia; estaba convencido de que reaparecería de un momento a otro, como cuando uno ve pasar un coche por detrás de un muro y sabe que volverá a verlo al cabo de pocos segundos. Pero durante varios días ella no volvió a su trabajo, y cuando David fue a preguntar le dijeron sin contemplaciones que no había ninguna Rosa en nómina. La agencia inmobiliaria que le había alquilado ese cochambroso piso en el extrarradio de la ciudad afirmó no saber nada de ella desde hacía dos meses, e incluso le pidió a David que le entregara un mensaje si la veía: Rosa tenía diez días para recoger sus cosas del piso o todo cuanto poseía sería entregado a la beneficencia. Tampoco en los hospitales había noticia de ella, y la policía no quiso ni oír hablar de una denuncia por desaparición hecha por alguien que desde el punto de vista legal no pasaba de ser un amigo.

La carta, escrita a bolígrafo y lágrimas, decía: “Tú tienes la culpa.”

Quizá Rosa se había ocultado momentáneamente en casa de algún amigo o familiar y se limitaba a espiar al mundo desde detrás de unos visillos. Quizá se había

mudado de ciudad. El tiempo pasó y David se encontró inmerso en una búsqueda que siempre desembocaba en un callejón sin salida. Ningún detective privado quiso ayudarlo a tenor de los antecedentes por mucho dinero que les ofreciera. Parecía que el mundo entero guardaba un secreto y conspiraba para ocultárselo, como si él no lo mereciera o deseara hacer algo malo con él.

Hasta que llegó la carta. La carta escrita por la hermana de Rosa.

Acababa de cumplirse una hora desde el despegue. Quedaban diecisiete minutos y el avión seguía volando a unos ocho mil metros de altura.

La carta escrita con letra apretada y furibunda que decía: “La llevaste hasta su límite, por eso cogió ese avión.”

Todos decían que se trataba de un acoso en toda regla, pero David sabía que no era cierto. Rosa y él estaban predestinados a estar juntos; lo único que él hacía era esforzarse para que ella viera la realidad. Ceñirse a la ley estaba bien para las personas normales, para los humanos normales. Pero su caso era distinto: su devoción por Rosa le situaba por encima de los demás. Por eso, cuanto más le daba la espalda el mundo, más ahínco ponía en su tarea.

En el asiento de delante de David dormía un hombre. David no podía ver más que su nuca apoyada contra el cristal y oír unos ronquidos apagados. Ese hombre, al igual que todos los demás, no tenía un objetivo en la vida. No tenía un destino, no necesitaba seguir viviendo. Su pérdida podía ser una pena, pero el mundo no lo notaría.

Diez minutos para el... aterrizaje.

Por llamarlo de algún modo.

Y la carta decía: “Si hubieras aceptado el final de lo vuestro, ella nunca habría subido al avión que acabó estrellándose.”

Encontrar el avión exacto, la ruta exacta y el momento exacto del accidente no fue difícil para David; el periodismo se explotó con la catástrofe hasta que le sacó todo el jugo. Las comprobaciones que hizo después ratificaron la información de la carta. Rosa estaba en el avión que colisionó con otro cuando sobrevolaba el centro de Europa. Se encontraron restos del accidente en un radio de hasta cien kilómetros.

La idea surgió en la mente de David al momento, simple y brillante; una idea perfecta que iluminó el resto de su pensamiento. Era una señal. Una idea perfecta para que su amor alcanzara la perfección.

Cinco minutos.

David vio como la misma azafata de antes iniciaba desde los asientos en la cola del avión una nueva ronda para servir bebidas. Nunca llegaría a terminarla. Afuera, las capas de nubes semejaban un desierto de dunas blancas o un mar vuelto del revés, con el azul del agua por encima de la espuma.

Subir a bordo los explosivos no había sido tarea sencilla, pero tampoco tan difícil como había esperado. Digamos que, si uno pone el empeño suficiente, prácticamente nada es imposible.

Dos minutos.

La mujer que había pasado el viaje dormitando sobre el pecho de su marido se despertó de pronto. También el hombre que estaba sentado en la fila frente a él. Quizá presintieron algo; quizá en su sueño una sombra extendió su mano huesuda hacia ellos. Todos iban a alguna parte: se preparaban para cambiar el huso horario de su reloj,

planificaban el trabajo de los próximos días o se deleitaban imaginando cómo sería aquella ciudad a la que se dirigían. David sintió que una vívida sensación de triunfo le llenaba el corazón. Se desabrochó el cinturón de seguridad y miró por la ventanilla una última vez. Tuvo el presentimiento de que, ahí abajo, alguien en aquella ciudad anónima que sobrevolaban estaba mirándoles en aquel instante. Arriba, la inmensidad azul del cielo le daba la bienvenida.

Era la hora. La hora de alcanzar la perfección.

La carta decía: “Te compadezco aunque te odie, por eso te he escrito.”

Y decía: “Espero que esto te libere”.